

## Filipenses 3:7-14

Filipenses 3:7-14 Cuaresma 5 2001

<sup>7</sup>Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. <sup>8</sup>Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, <sup>9</sup>y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; <sup>10</sup>a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, <sup>11</sup>si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos.

<sup>12</sup>No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. <sup>13</sup>Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, <sup>14</sup>prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.

En el mundo de los negocios todo el mundo habla de ganancias y pérdidas. Los ricos se preocupan por el estado de la bolsa de valores, y los pequeños comerciantes se preocupan de si habrá suficientes ventas para que su familia pueda comer y estudiar. Son asuntos que afectan el bolsillo, y para muchos esto es suficiente para hacerlo uno de los temas de mayor interés.

Pero también en lo espiritual hay ganancia y pérdida. Y la verdad es que en ello las consecuencias son mucho más importantes que en la vida económica o financiera. Pablo habla de esta pérdida y ganancia en nuestro texto cuando habla de contar como pérdida lo que antes consideraba ganancia, y también de lo único que ahora será para él ganancia. Meditemos entonces en el tema, pérdidas y ganancias, un cambio de perspectiva.

En un tiempo Pablo pensaba que ganaba mucho. En el versículo antes de nuestro texto dice: “Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable”. En estas cosas pensaba que tenía una gran ventaja.

Fue circuncidado conforme a la ley, y en el tiempo que la ley designaba, a los ocho días. La circuncisión tenía un lugar importante para el pueblo de Dios del Antiguo Testamento, porque sellaba para ellos la promesa que Dios había hecho a Abraham de que en su Simiente todas las naciones de la tierra serían benditas. Pero Pablo y muchos de los judíos de su tiempo habían convertido la circuncisión en una obra meritoria ante Dios, pensando que por tener esa marca en la carne tenían asegurados la salvación, aun sin la fe en el Salvador que venía.

Era del linaje de Abraham, de la tribu de Benjamín. Era descendiente lineal de los patriarcas a los cuales fueron hechas las promesas, un miembro del pueblo al cual Dios mismo había elegido. Pensaba que en distinción a los perros gentiles tenían aseguradas la salvación los miembros de esa nación elegida.

No era un judío por conversión, sino por herencia. Era hebreo de los hebreos. Era de sangre pura. Además, pertenecía a la secta más estricta de los judíos, los fariseos. Ellos pensaban que con su obediencia estricta a sus tradiciones no podían ni acercarse a realmente violar de una manera seria la ley de Dios. Él tendría que mirar sus vidas y tomar en cuenta sus esfuerzos por servirlo, y galardonarlos con la salvación eterna. De hecho, su celo por la ley y las tradiciones lo llevó a perseguir a la iglesia, porque pensaba que era una secta peligrosa que quitaba la reverencia y la observancia estricta de la ley que él pensaba que era la única manera de obtener la salvación. En cuanto a su persona, llevaba una vida irreprochable, una que ganaría la aprobación de cualquier miembro serio de su comunidad.

Éstas son las cosas que Pablo antes consideraba ganancia. Pero había sucedido un cambio radical. Todas esas cosas que antes eran su gran motivo de orgullo y de confianza, ahora las cuenta como pérdida. “Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida”. ¿Qué es esto? La nacionalidad, los signos externos de la religión, el celo por una vida decente y la obediencia a la ley de Dios, ¿todo esto debe ser pérdida? ¿Cómo puede ser? Sin embargo, era así. ¿La causa? “Por amor a Cristo”. Por causa de Cristo.

Pablo no estaba diciendo que todas estas cosas no tenían ningún valor en sí si se consideraban de manera correcta. En Romanos 9 escribe de los judíos que “son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo”. Ciertamente tener las Escrituras, el culto que Dios había prescrito, las promesas de Cristo son una ventaja considerable si se usaban correctamente. En Romanos 3 hace la pregunta: “¿Qué ventaja tiene, pues, el judío? ¿o de qué aprovecha la circuncisión?”, y responde: “Mucho, en todas

maneras. Primero, ciertamente, que les ha sido confiada la palabra de Dios”. Pablo, como los demás judíos, tenía a Moisés. El problema, como dijo Cristo, es que no habían realmente creído a Moisés, quien nunca dio la ley para que el hombre se justificara por medio de ella, sino más bien para mostrarle sus pecados y culpa, y por tanto su necesidad del Salvador a quien los escritos de Moisés y los profetas habían prometido.

Pablo vio que las cosas que antes consideraba una ventaja más bien habían servido como un obstáculo para que no apreciara a su Salvador que había venido para rescatarlo de su pecado. Como pensaba que su participación en el pueblo de Israel, especialmente en combinación con su celo por la justicia por la ley, era su boleto de entrada al cielo, ¿qué beneficio le podría traer un Cristo que murió en la cruz, rechazado por todos los líderes de su propio pueblo? Así que odiaba a Cristo y a sus seguidores, asolaba la iglesia, y hasta iba a ciudades extranjeras para perseguir y apresar a los seguidores de este Cristo.

Pero entonces Cristo mismo se le apareció en el camino. “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” Llegó a reconocer que su supuesto celo por servir a Dios era en realidad una afrenta contra él, porque lo llevaba a rechazar el Mesías que su Dios había enviado, su Salvador. Ahora contaba todo lo que antes consideraba ganancia una pérdida. Con su confianza en sus privilegios y conducta, sólo se acercaba siempre más a su eterna condenación. De hecho, su reevaluación de lo que antes era su orgullo y confianza le lleva a decir que “lo tengo por basura”. No podría hablar con más contundencia. Lo consideraba basura, o como un montón de estiércol.

Pero ¿por qué este juicio tan negativo ahora de lo que antes era su orgullo? Porque ha encontrado algo de infinitamente mayor valor. “Por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor”. ¿Y por qué ahora pensaba que esta experiencia personal de Cristo Jesús valía tanto? Porque en él tenía la justicia ante Dios que le faltaba antes con todos sus privilegios y todos sus esfuerzos. “No teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe”. Había llegado a reconocer que “por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él”. Ahora vio que, al confiar en su propia justicia, la que es por la ley, sólo se hundía más y más en el pantano del pecado y la culpa ante Dios, porque “no hay justo, ni aun uno”. Esa supuesta justicia en que antes confiaba, que antes consideraba una ganancia, ahora la vio como la mayor blasfemia contra Dios, porque le llevó a rechazar la gracia y el amor de Dios que lo llevó a enviar a un Salvador para rescatar por su pura gracia a los pecadores condenados.

Ahora lo único que contaba en su vida era tener una justicia que no era de él, que él no había obrado ni obtenido por sus propias obras y méritos según los términos de la ley, sino una justicia que procede de Dios mismo, quien envió a su Hijo para llevar la carga del pecado de la humanidad y pagar su culpa con su sufrimiento y muerte en la cruz del Calvario. Ahora Pablo tenía esa justicia; la había recibido en la única forma en que es posible hacerlo, “por la fe de Cristo”, creyendo en Cristo como su Salvador.

¿Hay cosas hoy que también son obstáculos para conocer a Cristo y la justicia que hay en él? Seguro que sí. Podemos pensar en la larga tradición familiar, las costumbres del pueblo, el prestigio académico, la actitud de que somos gente más o menos honesta y decente y que por eso Dios tiene que recibirnos en el cielo. Puede doler tener que dejar todo esto atrás, especialmente si nuestra propia familia nos rechaza por nuestra fe en Cristo. Pero si nos impiden llegar a Cristo y realmente conocerlo a él y su justicia, más vale perder todo que sea necesario y tener la salvación eterna de nuestra alma, antes de quedarnos con algo que nos impida conocer a Cristo y experimentar su salvación.

Pablo ahora había conocido a Cristo, y había reconocido que nada comparaba con la excelencia de ese conocimiento. Sin embargo, también sabía que no se puede nada más estar contento con lo que ya se tiene, sino que hay que esforzarse hacia la gran meta final. Así que dice: “a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos”. Aquí Pablo ya no está hablando del conocimiento de Cristo en su conversión que le trajo la justificación, sino el conocerlo más todos los días, experimentando el poder de su resurrección. Ser salvo sólo por la justicia de Cristo no era motivo de nada más descansar y no prestar ninguna atención a la vida cristiana ni a la meta de la fe en Cristo. Al contrario, quería que el poder del Cristo resucitado se manifestara con más fuerza en su vida todos los días. Quería que todo lo que era contrario a Cristo y su voluntad desapareciera, así como Cristo había muerto en la cruz. En Romanos 6 explica que el cristiano es unido con Cristo en su muerte y en su resurrección por medio del bautismo y la fe. Y concluye su discusión diciendo: “Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro”. Pablo quería que el pecado en él muriera todos los días, y quería vivir de una manera que agradara a Dios con el poder de Cristo resucitado. Así sería conformado a Cristo en la participación de su muerte, y podría anticipar el glorioso día de su propia resurrección.

Aunque esto es su sincero deseo, sabe que no ha llegado todavía a la meta. De hecho, nadie lo hace mientras todavía esté en este mundo. “No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado”. A pesar de ser el gran apóstol a los gentiles, un hombre que sufrió amenazas y peligros terribles por causa de Cristo, haber sufrido cárceles, azotes, naufragios y apedreamientos, Pablo no se contaba como uno que ya había llegado a la meta en su vida cristiana. La meta siempre quedaba adelante. La vida aquí siempre era lejos de la perfección que desea Dios. Todavía tenía que confesar todos los días que la base de su esperanza no era su propia justicia, sino la que es por la fe en Cristo Jesús.

Pero no consideraba esto un motivo para descansar y no esforzarse por agradar a Dios. Todo lo contrario. “Pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”, Sabía que él conocía a Cristo porque Cristo lo había conocido y escogido a él. Pablo había sido “asido por Cristo Jesús”. Pero Cristo había tenido un propósito para él al escogerlo. Fue para llevarlo a la victoria de su resurrección después de llevar la cruz del sufrimiento por el nombre de Cristo aquí. Así que Pablo no mira nada de lo que ya ha logrado ni nada que ha sido su vida en el pasado.

Olvido lo que queda atrás, dice, para proseguir a la meta. El atleta que mira atrás en la carrera está en peligro de desviarse, de tropezar, de caerse, de perder. Aquí Pablo nos recuerda que en la carrera espiritual también necesitamos poner los ojos en el premio, el “premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”. El Cristo que nos justificó y nos trajo a la fe en él también ha fijado como una meta para nosotros la perfecta santidad en el cielo. La vida que llevamos ahora se puede comparar a esforzarse a la meta, inclinarse hacia el final de la carrera, en la firme esperanza de recibir finalmente el premio. Es claro en toda la Escritura que todo esto es por gracia y no por ningún mérito nuestro. Es también claro que en esta vida nunca alcanzaremos la perfección. Ni Pablo mismo podía decir que la había alcanzado. Pero no descansaría hasta el día en que aquel que lo había asido lo llevara también a la plena realización de su meta para él, la perfección en la presencia de su perfecto Redentor.

Que nosotros también, al considerar lo que Cristo ha hecho por nosotros con su muerte y resurrección, hallemos poder para esforzarnos siempre más hacia la meta celestial y la perfección que nos caracterizará por la gracia de Cristo allí. Prosigamos

también hacia la meta, confiando en la justicia de Dios que ya tenemos por la fe en Cristo, y ejerciéndonos diariamente por expresar el poder de su muerte y resurrección en una vida diaria dedicada a la lucha por matar el pecado y vivir para la justicia. No perdamos de vista nunca la meta, y por la gracia de Dios seguramente llegaremos allí. Eso sí que es gran ganancia. Amén.